



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 3.º—NÚMERO 8.

DIRECTORA.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

28 de Febrero de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Barro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Estudios morales: La limosna á domicilio, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Plegaria a la Virgen,** poesia, por don A. de Valbuena.—**Calvario y Redencion,** novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**¡Ladron!** por don A. Ruano.

ESTUDIOS MORALES.

II.

LA LIMOSNA Á DOMICILIO.

Muchos de los grandes y fervorosos católicos; honor de nuestra época, y esperanza de nuestra sociedad, dedican su tiempo, y consagran sus esfuerzos, á difundir las ideas del bien, desde la alta tribuna, desde la ilustre cátedra, desde las encumbradas esferas del poder, combatiendo la idea con la idea, la fuerza con la fuerza, la política protestante, con la política Católica; difundiendo así la luz y derramando por doquiera el bien que enana del cielo, y la verdad que proviene de Dios.

Ellos, á quienes la Providencia ha concedido grandes medios y grandes cualidades, pueden

ser la firme columna donde se apoye la iglesia; la piedra angular que sostenga sus cimientos; el águila altiva, que levantando el soberano vuelo, se eleva hasta el sol, le mira cara á cara, y puede publicar despues la inmensidad de su brillo, y su infinita y pura grandeza.

Nosotros, débiles pigmeos, apenas podemos llevar un grano de arena al santo edificio combatido por el huracan de la soberbia humana, pero ante cuyas sagradas puertas se estrellará eternamente el poder del infierno: y sin embargo, no desmayamos en nuestra tarea, y animados por las palabras del padre comun de los fieles, que ha dicho recientemente que, el abandonar las humildes obras católicas para aspirar á cosas mas altas, sentándose en el parlamento, y aspirando á rejir los destinos de la Nacion, es anteponer una ventaja cierta, á una incierta ventaja, nos colocamos en un terreno mas fácil y sencillo, y aspirando á hacer algun bien, aunque sea pequeño, nos ocuparemos de esas modestas virtudes, que anidan en el alma, y que vivificadas al calor de nuestro propio corazon, llenan de una claridad casta y suave, no solo la senda de nuestra vida, si no la de aquellos que marchan á nuestro lado por los tristes

y escabrosos caminos de la existencia humana.

Y como al hablar de las virtudes, la primera que acude á nuestro labio es la de la caridad divina, de ella vamos á ocuparnos, dándole aquí la preferencia, como se la damos siempre en el fondo de nuestro pecho.

Mil y mil medios hay de ejercerla, mil y mil medios hay de sembrar el bien, y el mas eficaz, el mas grande de todos está sin duda en esas santas asociaciones, que ligadas con los lazos del amor divino, se ocupan en buscar la desgracia para consolarla y para aliviarla.

Con ellas no se remedia tan solo el mal físico, no se dá únicamente la limosna al cuerpo: con ellas se remedia un grave mal moral, y se esparce la limosna del alma.

Ay! que error tan profundo el de aquellos que han perseguido y conseguido extinguir esas piadosas asociaciones que, ya bajo el amparo del gran Vicente de Paul, ya llevando por lema el santo nombre de la Virgen Maria, se ocupan solo de practicar la caridad, de amparar al que sufre y de salvar al que perece.

¿Que error tan profundo aquel, en que en nombre del progreso y de la sociedad se destruye todo lo que al bien de la sociedad y al progreso tiende!

¿Por qué, los que tal hacen, no meditan por un momento las inmensas ventajas que atraen sobre la gran familia humana, esas sabias instituciones?

Oh! que son tantas y tan inmensas que difícilmente podria yo enumerarlas.

Considerad como la primera, esa union que establecen entre el rico y el necesitado.

El primero, al visitar la morada del pobre, comprende sufrimientos y penas que tal vez nunca hubiera adivinado.

Vé la miseria mas de cerca; contempla la pobreza en toda su desnudez, y se enseña á ser caritativo y á saber apreciar los dones que debe á la Providencia.

Allí, en una reducida y desmantelada estancia, cercado de una familia que solo ha visto de la vida el sufrimiento y las privaciones, avalora todo el precio del trabajo, adivina todo el dolor de una lágrima, y su corazon compadece al que socorre, y entrevé el alma que sufre á través del rostro angustiado. Allí siente el frio que no ha llegado jamás hasta él, entre las cortinas y las alfombras de sus lujosos salones; allí, tras un semblante pálido y demacrado, vé el hambre, que jamás ha pedido contemplar, entre el tropel de sus saciados amigos y ante los manjares de su opulenta mesa.

Oh! cuantos que asistieron por mera conve-

niencia social á una de esas citadas asociaciones, y que por conveniencia social tambien fueron, cumpliendo sus estatutos, á llevar la limosna domiciliaria, salieron de la pobre casa en que habian entrado indiferentes, llenos de viva fe, llenos de reconocimiento á Dios, llenos de una ardiente y profundísima caridad.

El hombre rico, el hombre opulento que naciendo en dorada cuna, jamás ha descendido al tugurio del pobre; ¿cómo puede hacerse cargo de su miseria, cómo puede comprender los sufrimientos de la pobreza? oh! de ningun modo! y no le culpeis á él; porque no es responsable de esta ignorancia. Por mucho que se nos hable de una cosa, mal podemos juzgar de ella si jamás ha aparecido ante nuestros ojos, si jamás ha estado al alcance de nuestra mano.

Se nos pondera el horror del infierno, ó del purgatorio: se nos encarece el espanto de aquellos lugares de tormento: pero ¿decidme si hay uno de vosotros que los sepa explicar en toda su estension? no; nadie, porque ninguno los ha visto.

La fe nos dice que nuestros padres, que nuestros hermanos, que nuestros amigos mas queridos padecen gimiendo allí, y que con un leve esfuerzo de nuestra parte podríamos calmar la inmensidad de su agonía: y sin embargo, decidme, ¿quién piensa de continuo en los que fueron? quién se cuida de lo que son?

Nadie! nadie! el que más, lo hace un solo día! porque nuestra naturaleza es tan frívola, nuestro corazon tan olvidadizo que solo se preocupa ó se impresiona con los objetos que tiene á la vista, con lo que puede tocar á cada paso.

No culpeis, pues, al rico, no le culpeis repito, si no se dedica á socorrer al pobre, si desoye su voz, si no atiende á su miseria; por que esto es una ley de nuestra propia naturaleza.

Si quereis remediar este mal, si quereis acortar esta distancia, procurad acercadles á ambos: procurad poned á la vista del poderoso los males del necesitado: procurad que descienda hasta él, y vereis como su indiferencia se trueca en interés y en compasion su anterior olvido.

Vereis tambien como el odio y la antipatia instintiva del mendigo hacia el opulento, se convierte en gratitud y en admiracion, al verle ser el encargado de la Providencia para reparar la injusticia de la suerte.

Al contemplarle á su lado, al comprender que no le desdona, al recibir de su mano el don, y de su labio el consejo, el respecto y el amor replazarán á la queja y no se hará tan dura ni tan amarga la barrera moral que los divide.

Y ¿no será esta obra de reconciliacion entre el

pobre y el rico, una obra verdaderamente grande y trascendental, llevada á cabo sin esfuerzo alguno, y con solo el auxilio de la caridad y la gratitud?

Convengamos pues, en que esas sabias asociaciones estaban llamadas á realizar un gran bien, y en que el que las ataca, corta un venero rico en beneficios para la humanidad.

Además, el espíritu de asociacion es tan poderoso! se pueden realizar con él tan sublimes ideas! produce tan noble emulacion, tan generoso estímulo, ejemplos tan admirables!

Oid si nó, y os referiré uno de ellos.

Un hecho sencillo que ocasionó trascendentales consecuencias: una pequeña gota de agua que se convirtió en claro y profundo, y transparente manantial, fecundo en consuelos y en esperanzas.

En el taller de uno de los mas renombrados comercios de modas de Madrid, se reunian diariamente ocho ó diez jóvenes trabajadoras, todas alegres, todas laboriosas, todas risueñas, que pasaban la vida ganando un modesto jornal, y sin cuidarse para nada del mañana.

Un día, Esperanza, la mas bella quizá y la mas jóven de todas, se presentó entre sus compañeras con las mejillas pálidas y los ojos enrojecidos. Preocupada y silenciosa no tomaba parte en los alegres cantos, ni en las intencionadas bromas con que hacian mas corto su tiempo aquellas hijas del trabajo.

En vano la hicieron mil preguntas, en vano trataron de sacarla de su abstraccion: Esperanza estaba triste, tan triste que bastaba una palabra para que las lágrimas temblaran en sus largas pestañas, á pesar de los esfuerzos de la pobre niña para contenerlas dentro de su alma.

Isabel, la mas resuelta de sus compañeras, juró, que averiguaria la causa de aquel pesar no acostumbrado, y dejando por un momento su labor, fué á colocarse junto á Esperanza, instándole con las mas sentidas frases á que le revelase el motivo de su afliccion.

Esperanza cedió al fin y le conto la verdad.

Esta no podia ser mas sencilla, pero ni mas desgarradora.

En la buardilla inmediata á la que ella ocupaba, habia muerto la noche precedente una pobre mujer, dejando en el mayor desamparo á su anciano padre, y á un niño que hacia pocos meses habia dado á luz.

Aquella mujer era viuda, y mantenía con su trabajo á su octogenario padre, que solo á ella tenia en el mundo, y que quedaba con su muerte privado de todo amor, de todo apoyo, de todo consuelo.

Esperanza habia presenciado su agonía: habia visto al niño llorar de hambre y al anciano llorar de dolor, y aquella escena fija en su memoria, era la que robaba á sus mejillas las rosas y el brillo á sus hermosos ojos.

La jóven tenia un bello y bondadoso corazon, era una de esas flores cuyo perfume se comunicaba á cuanto las rodea, y con sus frases llenas de sentimiento supo comunicar al alma de Isabel la angustia que oprimia su alma.

La desgracia de aquel infeliz anciano y de aquel niño desamparado las conmovió por igual, y bien pronto en el extenso taller no se ocupaban de otra cosa.

—Si yo fuese rica, exclamó la dulce Esperanza, si yo fuese rica pondria un ama al huérfano, y remplazaria á la hija del anciano, cuidándole y sosteniéndole.

—Oh! yo tambien lo haria así dijo, Isabel entre sus lágrimas.

—Y yó!

—Y yó! añadieron todas las demás.

—Si entre todas pudiéramos.... murmuró Isabel á media voz.

—Escuchad, dijo Esperanza en cuyos ojos brilló en aquel instante la llama purísima de la caridad cristiana. Lo que á una sola le seria imposible, podemos realizarlo si nos unimos para ello. Estamos.... diez; dejemos cada una un dia de jornal á la semana.... no, menos aún, tres veces al mes, y así reuniremos lo suficiente para salvar á esos infelices. Yo seré la primera! es cierto que nosotras somos pobres, que necesitamos el fruto del trabajo, pero, si dejásemos hablar al egoismo, ¿qué obra meritoria se haria en el mundo? Además, muchas veces por una lijera indisposicion, por asistir á una fiesta pública, por cansancio, por capricho, perdemos un dia de jornal, sin pena y sin consecuencia; perdámoslo pues en beneficio de esos dos seres infortunados y, no lo dudeis, hallaremos una santa recompensa en la alegría que esta buena obra derramará en nuestro corazon.

Todas aquellas jóvenes poseian un alma cuya belleza competia con la hermosura de sus rostros.

Todas sabian algo de pobreza y por consiguiente mucho de compasion.

Las palabras de Esperanza fueron acogidas con entusiasmo, y desde aquel dia el pobre huérfano tuvo diez madres, y el triste anciano tuvo diez hijas!

Porque no fué ya el producto de su penoso trabajo lo que les ofrecian solo, no; cada una robaba algunas horas al sueño cada diez dias, y las consagraba á cumplir con el anciano to-

dos los deberes del purísimo amor filial: cosía sus ropas, arreglaba su estancia, mullía su lecho y le preparaba el alimento.

¡Oh! qué cosa tan grande, tan sublime y tan prodigiosa es la divina caridad cristiana!

En cuanto al niño, ¡ay! ¿qué mas podremos añadir si ya hemos dicho que tenia diez madres.

De cada traje, de cada prenda que ya no tenia uso para ellas, arreglaban las nobles jóvenes, una prenda, un traje para el tierno huérfano!

Los dias de fiesta dejaban los paseos, los bailes, las anteriores diversiones, y unidas iban á ver á aquel inocente niño que las conocia á todas, que á todas las sonreía, y que las llamaba con el mismo dulcísimo nombre.

Oh! cómo los ángeles del cielo sonreirian contemplando con gozo la reunion de aquellos ángeles de la tierra!

Un día, una señora rica, jóven, perteneciente á la alta aristocracia, penetró en el taller del comercio de modas, iba á encargar un traje de baile, y mientras le presentaban los mas ricos modelos, algunas palabras pronunciadas por las jóvenes costureras llegaron á sus oidos.

Esperanza hablaba del anciano y del niño, y sus frases llamaron la atencion de la dama y despertaron su curiosidad.

Quiso saber aquella historia, y la jóven se la refirió con toda su santa y sublime sencillez.

La gran señora no habia llorado nunca: millonaria, hermosa, envidiada, no conocia de la vida si no la parte bella y deslumbradora, y sin embargo, el hastío consumia su alma, y su corazón embotado por los continuos goces no conocia todo el precio de una gota de llanto.

Pero al escuchar el acento de Esperanza; al saber de sus labios el afán con que aquellas diez niñas se dedicaban á una accion tan grande: al oír referir con minuciosos detalles la dulce alegría, la santa paciencia, la milagrosa economía con que llevaban adelante su buena obra, su corazón latió de un modo nuevo; algo que jamás habia sentido, se agitó dentro de su alma, sus ojos se humedecieron y contempló con respeto á las pobres trabajadoras á quien antes miraba con desden.

Se comparó en su interior á ellas, y apesar de sus galas, de sus sedas, de sus brillantes, encontró que era muy inferior á aquellas modestas jóvenes.

Un rayo de luz divina penetró en su alma, y á su serena claridad, miró la senda de su vida sembrada de rosas, pero inútil, estéril, infructuosa hasta allí.

Recordó sus horas pasadas en el ocio; sus ri-

quezas empleadas en frívolas vanidades; la actividad de su pensamiento consumida en locos ensueños y en delirantes ambiciones, pero todo vano, todo vacío, todo sin un acto de virtudes, todo sin una sombra de noble ejemplo!

Oh! su ángel custodio no tenia una sola accion meritoria que apuntar en el libro de su vida, y aquella mujer al comprenderlo tuvo vergüenza de sí misma.

Y con los ojos bajos pero anegados en lágrimas, con la frente encendida de rubor, se acercó á Esperanza, y con voz casi suplicante,

—Hija mia, la dijo, me permite V. que me asocie tambien á su buena obra?

Las jóvenes admiradas se acercaron á ella con un movimiento espontáneo, y con un acento del alma bendijeron su nombre.

Desde aquel dia la noble dama no sintió el hastío ni el fastidio de la vida penetrar en su corazón.

El sentimiento de la santa caridad llenó por completo el vacío que el mundo habia dejado en él.

Inspirada por el ejemplo de aquellas humildes jóvenes, formó el proyecto de crear esas asociaciones benéficas, que reuniendo los esfuerzos de muchos, llevan á cabo de consuno las empresas mas piadosas y los proyectos mas grandes.

Sin embargo, Esperanza y sus amigas no quisieron abandonar nunca á sus protegidos y el anciano vivió y el niño creció y se tornó en hombre bajo la influencia de aquellas pobres criaturas, que dieron á su pequeña asociacion el dulce título de *Patronato de los Diez*.

Oh! que Dios las recompense y bendiga su obra! que Dios propague por el mundo su idea y la haga germinar y reproducirse en muchos corazones!

Que Dios bendiga tambien á la noble dama, que para bien de los desgraciados agrupó en torno suyo á otros seres tan piadosos como ella, formando sociedades benéficas, y prodigando la limosna domiciliaria, la mas santa, la mas trascendental, y la mas meritoria á los ojos de Dios.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

PLÉGARIA Á LA VÍRGEN.

Dulce encanto de los cielos,
Amorosa Madre mia,
Fortaleza, amparo y guia
De mi frágil existir;
Oye amante los desvelos
Y las culpas de mi alma,
Y en tu amor halle la calma
Que á tu amor vengo á pedir.

Misteriosa, clara estrella
Que, á través de noche oscura,
Iluminas blanca y pura
De la vida el turbio mar;

Muestra al alma, Virgen bella,
De la gloria el rumbo cierto,
Y feliz arribe al puerto
Sin temor de naufragar.

En el mundo ya no tengo
Otra madre cariñosa,
Que velara cuidadosa
Por mi tierna juventud....

Tú, mi Madre: á tus piés vengo
Con amante confianza:
Tú mi amor y mi esperanza
Y mi dicha y mi salud.

Si otro amor mi pecho enciende
Santifica tú su fuego:
Tus virtudes formen luego
Para tí mi corazón.

Casta y pura me defiende
Contra todo vago viento
De liviano pensamiento
Y halagüena tentación.

¡Yo te adoro, Madre mía!
No me olvides, no te alejes
De mi lado, no me dejes
De la mano hasta espirar;

Y endulzando mi agonía
Lleva mi alma á tus alturas,
De la gloria las dulzuras
En tus brazos á gozar.

A. de Valbuena.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Elia á María.

Te escribo llena de gozo, mi querida María, y mi primera palabra es anunciarte que nuestro huésped está fuera de peligro.

Sí, Gustavo vive, Gustavo vivirá! despues de haber estado á las puertas de la muerte, vuelve á la existencia, y como Lázaro, sale casi del sepulcro por un milagro de Dios.

¡Cuántos dias de amargura, cuántas horas de temor hemos pasado nuestra madre y yo junto á su lecho!

El médico y el bondadoso párroco nos han ayudado tambien, pero ambos desconfiaban mucho de la salvacion del enfermo.

Yo, no sé por qué, tenia esperanzas: acaso porque confiaba en el cielo, á quien dirigia de continuo mis súplicas por este pobre jóven, solo, sin familia, sin amigos, confiado por la Providencia á nuestro cuidado.

Oh! y mis ruegos han sido oidos, ya te lo he dicho; el doctor le ha declarado hoy fuera de pe-

ligro, aunque añadiendo que su convalecencia será larga y penosa.

Voy á referirte cuanto ha pasado desde que te escribí mi última carta.

Ya te dije que no sabíamos el nombre del herido, ni las circunstancias que habian precedido á su desgracia.

Él deliraba en medio de la fiebre que le consumia, y en sus vagas palabras no habia hilacion ni sentido alguno.

Dos dias se pasaron así.

Era la noche del tercero, y nuestra pobre madre fatigada por el insomnio, habia inclinado la cabeza en el respaldo de su gran sillón, y cediendo al cansancio se habia dormido profundamente.

Yo me hallaba á su lado, pero velaba siempre: mis ojos no podian cerrarse ni mi pensamiento reposar.

Meditaba en aquel jóven, que allí tan cerca de nosotras podia morir, mientras que una madre, una hermana quizá esperaban su regreso, ignorando su desventura.

Al verle reclinado en el lecho de Fabian, me figuraba que era nuestro amado hermano, y tal vez por esta causa no podia apartar la mirada de aquella abrasada frente.

Al delirio, que le habia hecho gritar y moverse de continuo, habia sucedido un inmenso abatimiento: el encendido color de la fiebre se habia trocado en la palidez de la muerte: y á medida que las horas de la noche avanzaban, su sopor era mas profundo.

Dos ó tres veces me habia acercado al lecho, y levantando sus blancas cortinas le habia contemplado un instante para cerciorarme que no estaba muerto.

Oíale respirar, y tornaba á mi puesto con el corazón oprimido: así pasó mucho tiempo.

Un silencio profundo reinaba en torno. Las sombras de la noche iban trocándose poco á poco en los blancos vapores de la mañana. La luz del alba, clara y suave, iba tiñendo de rosa los cristales de la ventana. Las bujías se habian consumido, y nuestra madre seguia dormida.

De pronto creí escuchar un gemido; me levanté presurosa y me acerqué al enfermo.

Sus ojos estaban cerrados, pero de sus sienes brotaba un abundante sudor, que yo enjugué con mi pañuelo.

Al sentir que tocaba su frente se estremeció visiblemente, y abrió sus ojos que fijó en mí, al principio de un modo vago, despues con una expresion de asombro.

Yo estaba inmóvil y no me atrevia á pronunciar una sola frase, porque de aquella mirada ha-

bia desaparecido el extravío de la fiebre.

Dos ó tres veces pareció que iba á hablar y yo me incliné un poco sobre el lecho para oírle.

¡Ay! á cada momento creía que iba á verle exhalar el último suspiro, pues su desaliento era infinito.

—¡Agua! dijo al fin con un acento tan imperceptible que parecía un soplo de la brisa; ¡agua!

Me dirigí á la mesa, y tomando una copa probé á acercarla á sus labios.

Al verla trató de incorporarse, y yo, sobresaltada y temblando, alcé suavemente la almohada para que pudiese beber.

Lo hizo en efecto, y pareció que cobraba nuevas fuerzas, porque levantó una mano y tomó la mía, que yo no me atreví á retirar.

La estrechó con efusión y murmuró muy despacio:

—En el extravío de la fiebre he creído muchas veces ver un ángel que velaba por mí á la cabecera de mi lecho, y entre el silencio de la noche. En este momento que me siento mejor, veo realizado mi sueño; no sé quién es V., no puedo decir tampoco dónde me hallo; pero de todos modos, yo la bendigo y la doy gracias.

—No se fatigue V., respondí: está V. muy débil y cualquier esfuerzo pudiera perjudicarle. Está V. en nuestra casa, en casa de una familia honrada, donde nada le faltará, pues mi madre y yo nos afanaremos por complacerle.

—Pero ¿quién me ha traído aquí? preguntó.

—Cayó V. sin sentido casi á nuestra puerta, exclamé, y cumplimos al socorrerle, el deber, que Dios nos impone de amparar á nuestros semejantes.

—¡Ah! murmuró; todo lo recuerdo: Carlos me insultó, provocó un lance, y me hirió porque ella.....

No dijo mas.

En vano presté atento oído para adivinar otra nueva frase; su labio habia enmudecido, y alguna idea triste debió cruzar por su frente, pues esta se contrajo, y solo despues de algunos instantes le oí de nuevo exclamar:

—¡Oh! ¿por qué Carlos no habrá terminado mi vida? ¿por qué su mano no ha sido tan certera como su traición? ¿de qué sirve la existencia al que la tiene ya en tan poco?

Aquellas palabras me estremecieron.

¿Por qué quería morir? ¿por qué no daba gracias al cielo de aquella mejoría que yo habia pedido con tal fervor? ¿era desgraciado? ¿era culpable? ¿qué motivaba aquel desprecio de la vida cuando tan joven era aun?

El esfuerzo que habia hecho, tal vez la impresión que le produjeron los recuerdos que habia

evocado, le causaron una sensación demasiado fuerte para su estado, pues le ví palidecer mas densamente y cerrar de nuevo sus ojos.

Sin poderlo evitar exhalé un grito; grito que escuchó á nuestra madre, que despertó alarmada y que se aproximó rápidamente.

—¿Qué es eso, Elia? exclamó; ¿qué sucede? ¿está peor? me preguntó.

—No sé, la dije; ha vuelto en su razon, ha hablado, pero se ha desmayado y me parece que va á morir.

Nuestra madre corrió á la puerta, llamó á la criada y la dió orden para que viniese el médico, y el sacerdote que nos habia ayudado hasta entonces.

—Si esta crisis es favorable debemos aprovecharla para que la ciencia salve su vida; si nó lo es, tambien debemos aprovecharla, para que la religion salve su alma, me dijo.

Un instante despues el médico y el sacerdote estaban allí.

El primero se aproximó al lecho y examinó con atencion al enfermo.

Á pesar del desvanecimiento que la debilidad le habia producido, su frente estaba aun empapada de sudor, y su respiracion era mas fácil y mas tranquila.

—Creo que aun podemos esperar, dijo el doctor observándole profundamente: la naturaleza vence al mal; la crisis pasa y la reaccion comienza; es preciso no perder tiempo.

Ordenó algunos medicamentos que instantáneamente le fueron administrados, y despues de algunos esfuerzos recobró el sentido y tornó de nuevo á la vida.

El médico le hizo algunas preguntas, el sacerdote le prodigó dulces palabras de consuelo, y él les dió las gracias, mas que con las frases de sus labios, con la expresion elocuente de sus ojos.

Al ver aquella mirada tranquila y expresiva, al ver aquel rostro sereno aunque triste y ajado, el doctor declaró solemnemente que la muerte habia abandonado su presa, y que se replegaba vencida por la juventud y por la ciencia.

Al escuchar estas palabras no sé lo que pasó por mí, hermana mía; mi corazon latió con violencia, parecia que se ensanchaba mi alma, y sin notarlo yo misma, gruesas lágrimas rodaron por mis mejillas, y fueron á caer sobre mis manos fuertemente cruzadas.

Al sentir el fuego de aquellas gotas de llanto experimenté una impresion parecida al temor, parecida á la vergüenza, y que sin embargo, no era ninguna de ambas cosas.

Temia que nuestra madre me viera llorar, y

sin embargo, sentia una necesidad poderosa de derramar en su seno mis lagrimas.

Entonces acudió tu nombre á mi memoria: junto á ti creo que hubiera llorado con abandono y libertad.

Instintivamente me levanté y salí de la estancia.

Me parecia que debia ocultar á todos mi emocion, y busqué en lo mas apartado de nuestro huerto algunos instantes de soledad.

Cuando me tranquilicé y volví al cuarto del enfermo, éste ya habia podido decir su nombre y su condicion. Pertenece á una de las familias mas distinguidas de las córte, es huérfano desde sus mas tiernos años, y se llama Gustavo de Peñafiel.

Cuando he preguntado algunas noticias mas á nuestra madre, que estaba presente á su conversacion, ha parecido no querer comprenderme y nada me ha respondido.

Pero ¿á qué me cuido de la vida pasada de Gustavo? ¿qué tengo que ver en ella?

Si está fuera ya de peligro, si el doctor asegura que vivirá, ¿qué importa lo demás?

Oh! nada, ¿es verdad, María?

Dentro de unos dias dejará el lecho.

Hoy nuestro buen párroco ha escrito por encargo suyo á uno de sus criados para que venga sin tardar.

Cuando esté aquí, él nos reemplazará á su lado, en nuestro oficio de enfermeras.

Esto me hace esperar que nuestra madre podrá en breve descansar de este cuidado, superior á sus fuerzas, y por eso deseo que llegue pronto.

Pero te confieso que á veces quisiera retardar su venida.

Hay cuidados que no se compran, que un criado jamás podrá desempeñar, y Gustavo está todavía muy débil para quedar confiado á manos extrañas.

Esta noche nuestra criada me acompañará, y puesto que ha pasado el peligro, mamá podrá reposar un poco. Oh! si tú estuvieras aquí me acompañarias en esta velada, y sabrias mejor que yo distraer los insomnios de Gustavo, si es que como dicen, los convalecientes duermen poco.

Adios, hermana mia; yo te lo contaré todo, yo te diré paso á paso los adelantos de nuestro enfermo. Pide tú á Dios que un contratiempo cualquiera no le haga recaer, porque las recaidas son peligrosas y Gustavo podia morir. Oh! esta idea me hace temblar; esta idea aterra á tu pobre y cariñosa hermana—ELIA.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

¡LADRON!!

(Conclusion).

Habia principiado á leer en voz alta esta invitacion, en un tono bastante amargo, y me preparaba á exclamar:

—¡Siempre lo mismo! cuando de repente cruzó mi mente una idea y me detuve. Volví á doblar cuidadosamente la carta, y dije á Emelina:

—Hermanita, prepárame para esta tarde una corbata blanca.... Iré á casa de M. B.

Al llegar, á las siete, casa del ilustre abogado, bendije al cielo por haberme permitido salvar del naufragio de mi guardaropa, mi levita, un pantalon y un chaleco negros, librea con que todos los hombres son iguales.

Habia quince ó veinte personas en el salon.

Al oirme anunciar, M. B. salió á recibirme, me presentó á su esposa y á su hija, y despues á algunos de sus amigos, que habian conocido á mi padre.

Al cabo de algunos minutos, ya me encontraba allí muy á mi gusto, y como suele decirse, en país conocido.

La comida fué espléndida. Tenia á mi lado una señora de brillante imaginacion, con la que me entretenia en un animadísimo diálogo, cuando de repente toda mi verbosidad se extinguió. Acababa de apereibir en uno de los extremos de la mesa una pava magnífica: me acordé de la escena silenciosa, en la que, con una mirada, mi pobre hermana me dejó adivinar su deseo impremeditado de enferma, y desde entonces mi encantadora vecina solo encontró en mí un interlocutor indiferente.

Me sumergí en una especie de sopor, del que no salí hasta que el criado me presentó trinchada sobre una fuente, la magnífica ave que habia causado mi emocion.

Dejé caer negligentemente sobre mi plato un trozo de pechuga....

Mi vecino hablaba de política; mi vecina habia hallado otro interlocutor; nadie me observaba; podia, pues, entregarme sin testigos á mi passion.... y de tal suerte esgrimí el cuchillo, el tenedor y los dientes, que en algunos segundos no quedó ni señal del trozo de pechuga.

Los postres tocaban á su fin, y se hablaba del proceso que M. B. acababa de ganar.

—Pero, dijo el abogado, ustedes hablan solamente del proceso, y es ante todo mi cliente quien merece que de él se ocupen.

Vean ustedes lo que acaba de enviarme....

Y quitándose del dedo un brillante de luces maravillosas, lo presentó á su vecina.

La alhaja corrió de mano en mano alrededor

de la mesa, acompañada de los epítetos mas entusiastas.

Algunos momentos despues, nos preparábamnos para ir á tomar el café al salon, cuando de repente M. B. exclamó:

—¿Y mi sortija?

—Acabo de entregárosela hace algunos minutos; respondió su vecina.

—Bah! ¿pues dónde está entonces? dijo el ilustre orador.

Y despues de haber buscado en vano en sus bolsillos:

—Nada, exclamó.... Es raro....

La noticia habia circulado rápidamente alrededor de la mesa, y durante algunos instantes solo se oyó el choque de los vasos y de los platos.

El resultado de tales investigaciones fué nullo. La sortija habia desaparecido de veras y no se encontraba....

En aquel momento, lo juro, aunque tan pobre, hubiera dado cualquier cosa, por hallarme en mi cuarto de la calle de Vaugirard.

—Vamos, dijo M. B....; decididamente es una alhaja encantada que se habra ocultado, maligna é invisiblemente, en el bolsillo de alguno de nosotros.... Voy á hacerles á ustedes una proposicion: es rara y extravagante; de otro que no fuese yo, la rechazaríais sin duda; pero estoy seguro aceptaréis la de este original cuyo nombre es el abogado B....

—Veamos la proposicion, dijimos en coro.

M. B. tenia en efecto una reputacion muy fundada de excentricidad, y al esperar de él alguna rareza extraordinaria, todos estaban seguros de no engañarse.

—Señores, dijo riendo el abogado; es necesario registrarnos mutuamente.

—Ah! exclamamos.

—Ola! Hay oposicion? continuó doblemente alegre nuestro anfitrión; en ese caso la votacion decidirá: vamos á los votos....

Á esta palabra «registrar» sentí inundarse mi frente de sudor frio; me sentia palidecer, me parecia que todo giraba á mi alrededor, como si estuviese embriagado.... Oía vagamente al impio M. B. recoger los votos, y que todo el mundo aceptaba tan odiosa proposicion....

No podia darme cuenta de si aquello era una broma ó una cosa formal; solo tenia esta idea fija: «que no queria que me registrasen.» Así, á medida que esta especie de interrogatorio se acercaba á mí, pude recobrar algun tanto mi sangre fria....

—Y vos, señor conde, me dijo al fin el abogado. ¿Qué pensais de mi idea?

—Pienso, caballero, respondí palideciendo, que yo digo.... no....

Á esta palabra sucedió un silencio de muerte, y sobre mi rostro descompuesto sentia fijas todas las miradas....

—Os pido perdon, señor conde, por mi necia chanza, dijo M. B. con un tono que no olvidaré en mi vida; porque preferiria perder cien mil francos de alhajas, que disgustar á quien me ha hecho el honor de sentarse á mi mesa. Señores, el café se enfria; añadió levantándose.

El tono en que el abogado habia hablado, las miradas que me asediaban, y cuya expresion no podia equivocarse, todo esto obró en mi ánimo una reaccion; en breves instantes volví en mí, y en el momento en que M. B. iba á pasar al salon, me acerqué á él:—Os debo una explicacion, caballero, le dije, ¿quereis permitirme que os la dé? Lo necesito; añadí con firme acento, adivinando lo que iba á contestarme.

—Sea, respondió bruscamente; venid!.... y me llevé á su gabinete.

Apenas la puerta se cerró tras nosotros, cuando oimos fuertes carcajadas hacia el lado del salon, y á la señora B. que entró.

—Hé aqui tu sortija; dijo á su marido presentándole la alhaja.

—¿Dónde estaba? exclamó estupefacto el abogado.

—En tu plato.

—Está bien, dijo M. B., déjanos; vamos al momento.... y volviéndose hacia mí, que desde la entrada de madama B. me sentia renacer y que respiraba con todos mis pulmones, me cogió las manos.

—Antes de decirme una palabra, exclamé interrumpiéndole; escuchadme!...

Y rápidamente, con una elocuencia calenturienta, le referí mis luchas, mis deberes; le describí mi amor por mi hermana; le dije cuanto habia sufrido viéndola sufrir.... le referí la triste escena de aquella mañana.

—Y ahora, añadí al concluir; ¿quereis saber por qué me he expuesto á pasar por un ladrón, antes que dejarme registrar, ni aun en broma? porque durante la comida habia ocultado esto en mi bolsillo, y no queria confesar que, la hermana del conde V.... se muere de hambre y de privaciones.

Y le presenté la pechuga del pavo que habia escondido.

El cáustico abogado tenia, al escuchar mi narracion, dos gruesas lágrimas en los ojos.

Me cogió en sus brazos, me estrechó en ellos, y me sacó de su gabinete, murmurando:—Á tu hermana, conde, no le faltará nada desde hoy.

—Señores, dijo al entrar en el salon; os presento al mas bravo mozo que he conocido en mi vida.... tan es así, que le nombro mi secretario particular.

No tengo necesidad de decir que aquella noche hubo, en la calle de Vaugirard, dos personas muy felices.

(Traducido).

A. Ruano.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.